



MALLORCA

REVISTA DECENAL



NÚMERO LXXXV

(5 de Marzo de 1901)

SUMARIO.— *La poesta*. II, (continuación), por D. B. C.— *La flor virginial* (poesía), por D. Miguel Gayá Bauzá, Pbro.— *El Doctor Bousseau* (continuación), por Pablo Féval.— *Tibliografía*.— *Miscelánea*.

APÉNDICE.— *Apuntes para un Vocabulario etimológico mallorquin*, por D. Ildefonso Rullán, Pbro., Licenciado en Filosofía y Letras.

Precio de subscripción, pago adelantado: 90 céntimos de peseta cada trimestre

Redacción y dirección de la correspondencia:

Calle del Deanato, núm. 16

ADMINISTRACIÓN:

Calle de Palacio, número 81



PALMA DE MALLORCA

Tipografía de las Hijas de J. Colomar

MAGNÍFICA OLEOGRAFÍA

DE

EL PADRE SANTO LEON XIII

INVITANDO LAS CINCO PARTES DEL MUNDO Á RENDIR HOMENAJE
Á JESUCRISTO REDENTOR

Publicada por la Sociedad Litoleográfica de San José, de Módena.
Tamaño: 98 X 67 cm.

Precio: 6 pesetas cada ejemplar

De venta en esta Administración: Palacio, 18.



LA CATALANA

CORSÉS forma PARISIÉN

Calle de Brossa, 12, Tienda

Grande y variado surtido en corsés de todas clases y hechuras á precios sumamente económicos y en especial los de forma PARISIÉN.—Especialidad en la medida y en fajas ortopedicas, etc.

NOTA.—Se pasa á domicilio a tomar medidas. Puntualidad en los encargos.

BUEN CORTE, ESMERADA CONFECCIÓN, GÉNERO SUPERIOR

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

HIJAS DE JUAN COLOMAR

CAMPANA, 2.

Se confeccionan toda clase de trabajos á una y varias tintas.
Encuadernaciones esmeradas y sencillas.

Halláanse de venta los impresos de toda la nueva modelación
de Contribuciones.

MALLORCA

REVISTA DECENAL

LA POESÍA

II

LA poesía pagana, como todas las artes, todas las ciencias y todas las instituciones del paganismo, adolece de un materialismo y de un sensualismo groseros que se revelan en todos sus poetas y en todos sus poemas. Veían esos poetas la naturaleza, la admiraban, describíanla en armoniosos versos, en cadenciosas composiciones; mas cuando querían penetrar en los secretos de su creación, luégo al punto sentían flaquear su genio, porque el sér creador, tan material como la creación misma, no podía explicar sus obras sino de una manera plástica. Estudiaban el corazón del hombre, cantaban sus pasiones, interpretaban principalmente el sentimiento del amor, dueño del mundo; pero esas pasiones, esos sentimientos no eran para aquellos hombres más que vicios divinizados, arranques sensuales de un corazón más sensual todavía, apetitos efímeros de una voluntad desordenada y vaga, y muchas veces aciagas inspiraciones de un fatalismo ciego, de un destino inflexible. Para demostrar que éste es el espíritu y éstos los caracteres de la poesía pagana, no hay que recurrir á los poetas ligeros, á las composiciones líricas cuya tendencia, dentro de aquella civilización, pudiera hasta cierto punto hacer disimulables sus extravíos; no hay que fijarse en algunos poetas, señalados por sus propios contemporáneos como livianos y nefandos á la manera de Ovidio: basta fijarse en los grandes maestros, en los grandes genios, tales como Homero, Virgilio, Horacio.

Homero fué el gran teólogo de la antigüedad, genio creador que dió á luz la concepción poética más portentosa de todos los siglos, poeta insigne, de formas sobre todo encarecimiento bellas, artista-filósofo de todo punto inimitable. Y sin embargo, Homero, teólogo, poeta, artista, obedece ciegamente al fatalismo de la religión que le inspira. Sus héroes son hombres y nada más; avaros, ambiciosos,

sensuales sobre todo; sus dioses, hombres, nada más que hombres, agitados y combatidos por la violencia y la volubilidad de las mismas pasiones; con la particular circunstancia de que los dioses de Homero son todavía menos heroicos y más apasionados, menos justos y más dados al vicio que sus héroes. ¿Hállase en todo el cielo de Homero una sola diosa en quien se reúnan las virtudes más vulgares de la mujer cristiana? Ninguna, absolutamente ninguna.

Virgilio, el más casto de los poetas latinos, siguió á su modelo, bien que de lejos como poeta, muy de cerca como filósofo y moralista. En medio de la grandeza de su estro, de la armonía de sus sonoros versos, todas sus concepciones revelan la sensualidad y el fatalismo de la religión en que se había educado, de la sociedad en que había crecido. ¿Qué jóven cristiano leería sin ruborizarse los ardientes y lascivos amores de Dido y Eneas, si por desgracia no se le hubiese amamantado desde niño en su deplorable lectura?

He ahí, pues, los dos grandes poetas épicos del paganismo, con quienes hacen coro los trágicos, presentando al *Destino*, al *fatal Destino* como el gran gobernador del mundo divino y humano, y los líricos, presentando el vicio sintetizado en el amor sensual, como el único sentimiento que debe dirigir el corazón.

En suma; la poesía pagana, aparte de sus bellezas literarias, no es más que la apoteosis de los vicios y pasiones más detestables, de los vicios y pasiones, que aun en nuestras corrompidas sociedades modernas, buscan la obscuridad y el secreto para hacerse amables á los hombres.

¿Faltaba acaso á tan grandes poetas genio bastante para comprender la hermosura de la virtud? ¿Faltábales talento para discernir el bien del mal? ¿Faltábales sentimiento para anatematizar, con el anatema de la reprobación y del desprecio, aquellos mismos dioses que tan armoniosamente cantaban y cuyas pasiones revestían con los colores mas halagüenos y atractivos? No: en otras circunstancias, en otra sociedad, con otra civilización, su genio y su corazón les hubieran bastado para comprender la belleza de la virtud moral, los secretos divinos de la naturaleza física. Faltábales, empero, la inspiración cristiana, la tradición revelada, la luz, en suma, que, disipando las tinieblas del error, ilumina á todo hombre que viene al mundo.

Ahora bien: la Poesía sometida como todas las artes y todas las

ciencias al influjo del Cristianismo ¿debe inspirarse en aquellos sentimientos? Error sería imaginarlo siquiera.

El sentimiento del amor, que es el que principalmente predomina en la Poesía, porque es el que principalmente domina en el mundo, puesto caso que las pasiones se reducen en el último término á amar ó aborrecer; ese sentimiento supremo, lejos de ser, como en el paganismo, motivo de perturbación y escándalo, aparece á los ojos del verdadero cristiano como el reflejo de la bondad de Dios, como el lazo divino que une al hombre con Dios, y á los hombres entre sí con lazada — mientras aquel es puro — indisoluble y santa. Por el amor toma el hombre por compañera y amiga á la mujer, partícipe de sus duelos y de sus alegrías; por el amor halla la mujer en el amparo del hombre el sostén de su pudor y el abrigo de su flaqueza; por el amor encuentra el hijo en los cariñosos consejos de su padre el camino de la vida, y en el regazo amoroso de la madre el consuelo de sus penas más acerbas; por el amor el hombre, la familia, la sociedad se unen á la Providencia, invocan su favor y acatan sus decretos; por el amor, en fin, el infortunio vivifica, el dolor fortalece, el placer no fatiga, y la tristeza misma de la vida se hace amable y halagüena.

El paganismo no hubiera comprendido jamás como dos almas pueden vivir perpetuamente unidas con lazos indisolubles, creciendo cada día en el amor, sin lastimarse ni ofenderse; ésta, empero, aunque difícil, es la situación ordinaria del matrimonio cristiano.

Que una mujer joven, hermosa, rica, lisonjeada de los hombres, halagada por sus palabras seductoras, adulada por la sociedad, encanto de sus padres y reina de su familia, rasgue sus galas, desprecie sus riquezas, cierre sus oídos á las palabras de los hombres, y su corazón á las pretensiones de su familia, y, despidiéndose del mundo, encierre su corazón, su juventud y su hermosura en el sepulcro anticipado del claustro, para dedicar á Dios la pureza de sus pensamientos y la virginidad de su alma, no es cosa rara ni extraña en la sociedad cristiana; y sin embargo, no hay en las historias antiguas ejemplo alguno de una abnegación igual, de un rasgo de amor tan heroico y generoso. Estos milagros obra el amor cristiano; en él se subliman las pasiones; sin él se rebajan hasta el cieno, y se convierten en podredumbre y enojo, en aflicción y miseria. ¿Por qué, pues, siendo esto así, no se halla la felicidad en las sociedades cristianas? Porque no

suelen serlo sino en el nombre: penetrad en la mansión de las vírgenes, consagradas á Dios, donde el amor divino renueva todos los días sus prodigios, y en medio de la lucha entre el espíritu y la carne, que jamás abandona á la criatura en su vida terrenal, hallaréis la felicidad en la resignación y en la aceptación voluntaria de la lucha por el deseo de la victoria.

Si el sentimiento del amor, grande y poderoso, domina en la Poesía, como en el mundo todo, sólo en el Cristianismo debe buscar su inspiración; fuera de él necesariamente habrá de degenerar en sensualidad y concupiscencia.

B. C.



LA FLOR VIRGINAL

El Jardiner diví
baixá del Etern sí,
anima mía,
per sembrar en ton cor
la llavor de la flor
mes blanca y fina.

Es la flor virginal
que si primaveral
en tu floría,
no l' arrabasses, no;
guárdala p' el Senyó
qu' es sa delicia.

Quant ja florit del tot
el teu virginal brot
p' el Maig estiga,
en rel la cullirá
y la transplantará
dins l' hort de vida.

Allá dins l' hort aquell
que va regar l' anyell
ab sanch divina,

allá dins mars de llum
hey vesserás perfum
¡oh, fló esquisida!

Tendrás el Còr diví
qu' en la creu va morí
per font puríssima;
y dins sos gorchs d'amor
les fulles de candor
viurán florides.

Y perque la mort may
el teu candor desmay
ni sols mustiga,
el xerafins del cèl
te regarán la rèl
ab aygoviva.

Els t' enrevoltarán
y be t' en cantarán
de cançons fines.
Son auçellets de Deu
mes purs y blanchs que neu
entre celísties.

També lo rossinyol
tendrà per dols breçol
tes fulles místiques,
y 't portara l' oreitj
ab lo seufí alateitj
olors divines.

Y ta virginal mèl
lo Jardiner del cèl
vendrà á cullirla,
puix de tant gran dolçor,
sols l' Esperit d'amor
sab sa delícia.

¡Quin goig tan gran aquell
á dins l' hort del Anyell
per sempre viure!
vessar dins mars de llum
lo més sagrat perfum
qu' el cèl ovira.

La llengua no sab dí
el pler y goig diví,
de la gran ditxa,
que té l' altíssim Deu
p' els qui la flor de neu
li guardan viva.

Per cò guárdala bé,
tenla sempre arrecé,
ánima mía,
que l' ayre més sutil
lo seu verdor gentil
deixa sens vida.

MIQUEL GAYÁ BAUZÁ, PVRE.



EL DOCTOR BOUSSEAU

(Continuación)

ESTA imagen hirió la fantasía de Santiago hasta el punto de convertirse en una especie de visión; la ventana era estrecha y la luz se debilitaba; el joven veía realmente ante sí á su padre abandonado; luégo un dulce rostro apareció junto al del anciano.

María!—murmuró Santiago doblando la frente.

María era su prometida. Amaba á María con el amor sólido y puro que enlaza á los esposos, hasta la muerte, en esos países patriarcales.

Oyóse en la escalera ruído de pasos. Santiago despertó de su ensueño con sobresalto, frotándose los ojos; después, vuelto súbitamente al sentimiento de su situación, tendióse sobre la mesa y permaneció en inmovilidad completa.

«... más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos», la cual ha sido interpretada de diferentes maneras, pero conviniendo todas en que se trata de una cosa tan difícil que, para encarecerla, se compara con otra materialmente imposible. (1)

Fran. *Passer par le trou d'une aiguille*. Anal. cast. pasar por el aro; por las horcas caudinas; las de Caín.

Refr. cat. *El lladre, del agulla al ou, del ou al bou, del bou a la forca*. Cast. Ladroncillo de agujeta, después sube á barjoleta. (2)

No conocemos más refr. en lengua cat., ni sabemos si existe alguno en mall.

Cast.—Aquí perdí una aguja, aquí la hallaré.—Dar ó meter aguja y sacar reja.—Anal. it. *Dare un ago, per aver un palo di ferro*.—Fran. *Donner un œuf, pour avoir un hœuf*.—Aguja calumbriente (mohosa) no entrarás en mi herramienta.—Quién te metió en esta contienda? Aguja herrugienta (*rovejada*).—Quién volverá por el saco, sin el aguja y el trapo?—Al sastre pobre, el aguja que se doble.—Métese Juan, como aguja de san Germán.—Enhebrar el aguja por la punta, es el saber; que en lo al (lo otro) no hay que hacer (3).—Una aguja para la bolsa y dos para la boca.—¿A cómo vale el quintal de hierro? Dame una aguja.—Hilo y aguja, media vestidura.—Por más aína (prontitud), con aguja sale el espina.

Agujas. Cada buhonero alaba sus agujas.—Anal. *Cada hu alaba lo seu*.—La carne de las agujas (*guyam*) es poca y sabe bien, mas no para quien hijos tien.—P... en sobrado, galápagos en charco, y agujas en costal, no se pueden disimular.

Comp. «... ca la guerra et el pleito, dijo el sabidor, comienzan en punta de aguja et acaban en quintal de fierro.»—*J. Man.—Lib. de Patronio*.

(1) «Facilius est camelum per foramen acus transire, quan divitem intrare in regnum cœlorum. Matth. 19-24; Marc. 10-25; «... in regnum Dei.» Luc. 18-25.

El diferente sentir de los intérpretes está en si *camelus* debe tomarse en la significación de camello ó en la de cable ó maroma: *funis nauticus quo anchoræ religantur* (C.) del griego *cámilos*, no *cámelos* como erróneamente exponen algunos. Los partidarios de la segunda opinión aducen que los términos de la parábola no resultan así tan remotos y que era frase proverbial hebrea *camelum deglutire*, tragar un camello, y no *camelum deglutire per acum transire*: «*Duces cæci, excolantes culicem camelum autem glutientes.*» (Matth., 23, 24.)

(2) Barjoleta ó barjuleta. Es una bolsa grande de cuero, parecida á un saco de camino.

(3) Este refrán ha perdido ya su aplicación oportuna.

Cat. *Agulló*.—*La punta de la agullada ò tota ella* (L.). *Agullada*.—*Bastó ab una punta de ferro pera guiar als bous*. (id.)

Como en Mallorca no es costumbre general la de uncir dichos animales, carecemos de la voz *agulló*, (1) usando de la análoga *puñidó*, que significa palito puntiagudo con el cual se agujian las cabalgaduras acariciándoles el espinazo.

«*los joves fugen tot girantse enrera
y als bous ferint ab agullons ferrats.*»

(Ang. Guim. Jael.)

Ase traidó, cap á s' hostal no ha de menester puñidó.—*A ase traidó, verdang y puñidó*.—Refr. mall.

Agulló. proven. *agullion*; franc. sigl. XII *aguillon*, sigl. XIII *aguillon*, mod. *aiguillon*; cast. *aguijón*; ital. *aguglione*; port. *aguilhão*.

La forma cat. procede de la francesa, y ésta y la ital. debieron tomarla del abl. *aculeo*, convertido en la baja latin. en *aculeone* y *aculeon*.

Aunque en castellano la voz *aguijón* se ha tomado, como en catalán, por agujjada, con todo, la significación general es la de púa, punta, extremo puntiagudo, etc.; no siendo en rigor más que el masculino de aguja en la acepción general de cosa puntiaguda. El autor del *Libro de Alexandre* usó ambas palabras en la misma significación. Habla de una plaga de moscas que acometió al ejército de Alejandro, y dice:

2009. «Furon de fiera guisa las bestias embrauidas,
Fazianlas embrauir las amargas feridas,
Que eran las *aguias* tanto de percuridas, (2)
Semeiauan souiellas (3) en azeite metidas,

2010. Al que una uegada ferian los *aguiyones*,
Non serie mas coytado se beuisse poçones:

.

Agulló.—refr. *Al bou maymó, li fa poch l' agulló*—Al buey harón,

(1) No lo afirmamos en absoluto, porque tal vez en algún pueblo uncen los bueyes á carros y á carretas y para agujiarlos se valen, como en Catauña, de la *agullada* ó *agulló*. Si algún lector está al corriente de las costumbres agrícolas del país, nos prestará un buen servicio manifestando lo que sepa relativo á ésta.

Lo mismo decimos de los que llenen las deficiencias (inevitables muchas veces que observen en cada palabra, y así podremos contribuir unos y otros á enriquecer el diccionario mallorquín, harto pobre hasta el presente.

(2) *Percudidas*=aguzadas.

(3) *Souiella*=subilla (lezna).

(tardo), poco le presta el aguijón. — Echar coces al aguijón — lat. *Contra stimulum calcitrare*. — cat. *Calsigar lo agulló*.

Agulló. — También se toma por *fibbló*, púa con que pican las abejas y otros insectos; cast. aguijón, mall. *pic, fibbló*. (1)

«No dejó el Criador á este animalillo (la abeja) desarmado... que es aquel aguijón con que pican é hieren...»

(Fr. L. de Gran. *Intr. del Simb. de la Fe XX*)

El mismo autor usa indistintamente la forma diminutiva aguijoncillo.

«Asentóseme uno (un mosquito) junto á la uña del dedo pulgar... no pudo penetrarla con aquel su *aguijón*. . Tomó el *aguijoncillo* entre las dos manecillas delanteras, y á gran prisa comienza á aguzarlo...» (Id.)

Refr. — Enjambre de Julio, el aguijón trae al culo.

Aguijón. — Punta ó extremo puntiagudo del instrumento con que se aguija; mall. *punta*.

«Apenas se vió libre la aldeana... cuando picando á su cananea (?) con un aguijón que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante...»

(D. Quij. 2.^a - X.)

Refr. — No se me da nada, que el aguijón lo tengo en casa.

Aguijón. — Púa que nace del tejido celular superficial de algunas plantas; mall. *espina, púa*.

Aguijón. Metaf. — Estímulo que mueve á llevar á cabo hechos físicos ó morales; ej.: el aguijón de la fama, de la gloria, de la carne, de la necesidad, etc. *Estimul*.

Agullada. — Aguijada, aijada, lat. *aculeata*: vara larga y delgada en uno de cuyos extremos hay un aguijón. Sirve para picar á los bueyes para que activen su marcha. Berceo la usó por aguijón. «Contra la aguijada cocear non me trevo.»

(V. de Sto. Dom., 104.)

Aguijada. — Vara larga con una paleta de hierro en el extremo inferior y que sirve á los labradores, cuando aran, para separar la tierra pegada á la reja; mall. *Rastell*.

(1) De *fibblar* sangrar. *Fibbla*, sangría, abertura por donde salga un líquido.

(2) Lo que Sancho llamaba cananea, por hacanea, era una borrica, pollina ó jumenta, tres nombres que da Cervantes á la cabalgadura de la labradora.

Cast. Aguijar, picar con la aguijada. Aguijonear, ant. aguijonar, picar con un aguijón. (1)

El cat. tiene para ambos casos, *agullonar* y *agullonetjar*. No obstante, el segundo verbo parece ser frecuentativo del primero, indicando que se repite la acción de aquél, aunque de un modo más imperfecto ó menos eficaz. Se *agullona* cuando la necesidad de que las bestias aviven el paso obliga á que se las pique con el aguijón, y se las *agullonetja* cuando, logrado ya el objeto, se continúa picándolas con más suavidad para que no moderen la marcha.

Análogas diferencias dentro de su significación pueden notarse entre los verbos mall. *passar* y *passetjar*; *voltar* y *voltetjar*; *uyar* y *uietjar*; *grapar* y *graponetjar*; *menjar* y *menjussar* ó *menjussetjar*; *cantar* y *cantussar* ó *cantussetjar*; *rodar* y *rodetjar*; etc.

Aguijar. — Como verbo neutro significa: avivar el paso, andar con celeridad, caminar de prisa, etc.

«Si ando mucho, llevo palos; si no aguijo, palos;...»

(Jeron. de Alcalá: *El donado hablador*, V.)

Refr. Asno malo, cabe casa aguija sin palo. *Ase traidó, cap a s' hostal no ha menester punydó*. — O morirá el asno ó quien le aguija. — Mal haya la espina, que de suyo no aguija. — Aguijar al hígado, que brama la vaca.

Aguijadero. — Voz omitida en muchos diccionarios. Significa: ó fabricante de aguijadas, ó sitio en donde se tiene la costumbre de aguijar. Parece referirse á lo primero el siguiente refrán: Portal de aguijadero, pasar muy ligero.

Aguijoso. — Omitida también. Significó punzante.

«Lecho quiero yo aspero de sedas *aguijosas*,
Non merecen mis carnes iacer tan viçiosas,»

(Berceo: *Vid. de Sancta Oria*, 130.)

Aguija marina. — Tampoco se encuentra en los diccionarios: y no

1) Nos parece que puede muy bien establecerse diferencia de significación entre los dos verbos, aunque (A) prescinde de ella al decir: AGUIJONEAR, AGUIJAR. Picar con la aguijada ú otra cosa á los buyes, mulas, caballos etc. Tal vez sea el aguijón una de esas otras cosas que pueden servir para picar á los buyes, mulas, caballos etc.

Es probable que en mall. estuvo en uso el verbo *aguixar*, como traducción literal de aguijar. Así induce á creerlo la palabra *guixa* en la significación de vivo, impaciente, presuroso. *Ets un guixa!* decimos al que todo lo quiere hacer, ó desea que los demás lo hagan aprisa.

La llave rechinó en la cerradura y el Doctor entró.

—Si por la mayor de las casualidades el pobre chico no había muerto entonces, lo que es ahora será cosa hecha.

Dejó sobre la mesa, junto á Santiago, una llave de enormes dimensiones, golpeó el pedernal, y encendió la luz.

En tanto continuaba su monólogo.

—En verdad, decía, no me gusta esta vida de soldado... ¿dónde diablos he puesto la llave?... me repugna la efusión de sangre. Un hombre como yo debe trabajar con la cabeza, no con los brazos; pero esa llave ¿dónde estará? héla aquí... Es que mi responsabilidad es grande! Con semejante tagarote de hierro un mal intencionado podría!... pero ¿qué hay que temer después de todo? Aun apoderándose de ella ¿quién sabría que abre la poterna bajo la escalera?

Santiago estaba con el alma en los oídos; el Doctor se desembarazó de un par de pistolas, que durante el asalto habían permanecido ociosas en el cinto, y abrió su estuche.

—Veamos!—dijo.

Y colocó su mano sobre el pecho de Santiago.

—Caliente aún!—suspiró.—Pobre muchachó! quizás hubiera podido salvarle!

Al mismo tiempo cortaba el traje del muerto á fin de examinarlo. No se le ocurrió siquiera tomarle el pulso; tan improbable creía que pudiera vivir aún.

--Ni una sola herida! exclamó sorprendido. Y el mozo no tenía aspecto de tener que morir de miedo. Es muy extraordinario esto. Tengo ganas de hacerle la autopsia.

Pero este lindo substantivo del vocabulario era puro hebreo para Santiago, que permaneció impasible. Pero bien pronto habló el Doctor un lenguaje á los alcances de todos. Después de enjugar su bisturí, hizo, para probar la mano, una ligera incisión en el estómago del muchacho.

El cual de un salto quedó de pie sobre la mesa.

El doctor enjugó tranquilamente su bisturí guardándolo en el estuche.

—Según veo, compadre, le dijo, estás perfectamente sano; mil enhorabuenas.

Santiago no contestó; parecía vacilar echando furtivas miradas á la llave y las pistolas.

—Suerte has tenido, añadió el Doctor, de que no sea yo como ciertos imprudentes operadores que rajan aturdidamente al individuo y le clavan de un golpe la hoja.

Santiago, como si una súbita resolución hubiera reemplazado á las anteriores dudas, dejó la mesa de un salto y se apoderó de la llave y las pistolas.

—Vais á seguirme—ordenó.

El Doctor le miraba, estupefacto.

—Si os quedarais correrías peligro,—añadió.—Os acusarían de mi escapatoria; fuera estaréis seguro.

—Fuera! Tu escapatoria! repitió Bousseau. Campesino, estás divagando!

—Además, continuó Santiago, los otros no os conocen, y cuando entren en el castillo podrían mataros sin saber.

—Entrar en el castillo! exclamó el Doctor. He abrigado en mi seno una serpiente. ¡A las armas!

Por nada en el mundo hubiera Santiago alzado la mano contra quien había querido salvar su vida. Sin embargo, la ocasión era crítica. Los gritos del Doctor iban á prevenir á la guarnición. El joven quitóse prontamente la faja que le servía de cinto.

—Así, se dijo, verán que no es culpa suya.

El expediente era ingenioso, ya que no cortés.

Así conseguía, además, doble objeto

Santiago se lanzó sobre el Doctor, le agarrotó sin hacerle mal ninguno; después le ató el pañuelo á la boca.

El desdichado Bousseau se deshacía en esfuerzos vanos por gritar y dar la alarma. Rendido al fin, quedóse tendido en el suelo.

Santiago salió cerrando tras sí la puerta. Hallándose en completa obscuridad, descendió lentamente la escalera con mil precauciones. Al sentar el pie en el último escalón vió, á la luz de una lamparilla colgada de la pared, un centinela apoyado contra la puerta.

Santiago siguió avanzando, la llave en una mano, en la otra la pistola.

Así llegó junto al soldado sin ser visto.

—Si haces un movimiento te mato! le dijo apuntándole.

El republicano á esta amenaza midió con los ojos á su adversario. Santiago ofrecía un aspecto deplorable, pálido y ensangrentado,

abiertos los vestidos de arriba abajo gracias á los cuidados del Doctor. El centinela, animado á la vista de su mísero enemigo, no temió lanzarse á una lucha cuyo resultado creyó seguro. Aprovechando la indecisión del joven, que retrocedía ante la idea de matar así de golpe el soldado, se echó sobre él; se entabló viva lucha cuerpo á cuerpo hasta que, al cabo, Santiago haciendo uso del arma, dejó al republicano muerto á sus pies.

Enseguida corrió á abrir la puerta.

Como se ha visto por las palabras de Santiago al Doctor, intentaba algo más que huir; la salida que el acaso le brindaba debía servir para la triunfal entrada de sus hermanos. El encuentro del centinela, con el cual no había contado, desbarataba todos sus planes; la detonación había dado la voz de alarma; en el piso superior había gran ruido y oíanse en varias direcciones precipitados pasos. Santiago abrió la puerta.

—Dios me ampare! murmuró. Si los otros llegan á tiempo no ahorraré mi sangre.

En vez de tratar de huir, disparó al aire el fusil del muerto y gritó con toda la fuerza de sus pulmones: —A mí, muchachos; que pasan!

Algunos republicanos llegaban ya á los últimos escalones. Santiago había apagado, la linterna y estaba en pie, atravesada la bayoneta en el dintel.

Al resonar el tiro, Esteban Monceau acababa de dar la señal de retirada, y los vendeanos comenzaba á alejarse. Al punto se detuvieron.

Esteban sintió vaga esperanza, tan desprovista de fundamento que sólo un corazón de padre osaría acariciarla.

—Si fuera mi hijo! pensó.

Reinaba entre los vendeanos profundo silencio; quien esperaba una salida del enemigo, quien la llegada de un refuerzo republicano; todos estaban prontos á defenderse. Oyeron distintamente abrirse la portera, y sus ojos atentos vieron el fogonazo del disparo.

Al grito de Santiago se precipitaron simultáneamente.

—Mi chico! es mi chico! decía Esteban haciendo esfuerzos desesperados para adelantarse á sus compañeros.

Entablóse la lucha. Santiago defendía la puerta con su fusil atravesado, y hería en la obscuridad con la culata de su pistola. Los azu-

les, apretujados en tan estrecho espacio, heríanse unos á otros, blasfemando terriblemente, con lo cual por cierto no adelantaban nada. Por más que golpearan, la sombra aquella no abandonaba la abierta puerta.

Por fuera, los otros se aproximaban.

—Cerrad la puerta! gritaba desde lo alto de la escalera el oficial Baulón, que no podía aproximarse. Matarlos! matarlos!

—Tente firme, Santiago! aquí estamos,—gritaba á su vez Esteban.

En aquel momento la cabeza de la banda, lanzada con ímpetu irresistible, se introdujo como cuña por la abertura. Otros, más entendidos en táctica militar, hubieran vacilado quizás en meterse en aquel antro que, después de todo, bien podía ocultar una emboscada. Sin reflexión, pero sin miedo, los vendeanos entraron, y hubo allí una horrible lucha.

Por algunos instantes los que no habían logrado entrar aún no oyeron sino el sordo ruido del arma blanca desgarrando carne, y hondas exclamaciones de rabia.

Se hacía el vacío, de segundo en segundo quedaba sitio para un vendeano más.

Los pocos tiros que se dispararon mostraron la escalera; los asaltantes subieron derribando cuantos obstáculos hallaban. Llegados á la galería superior, prepararon sus armas; nadie se dejó ver para rechazarlos.

Entonces un grito de entusiasmo estremeció de arriba abajo al castillo.

Así saludó la insurrección vendeana la segunda victoria de aquel día.

Considerando friamente aquel hecho de armas, se pregunta uno, sorprendido, cómo no fueron triturados los reclutas en aquella estrecha escalera, que un ancho corredor dominaba. Doce hombres bien armados, como lo estaban los republicanos, podían defender semejante paso contra toda una división. El pánico se apoderó, sin duda, de ellos; pero ¿quién pudo infundir en sus corazones un terror tan inmotivado?

No tememos decirlo: la toma del castillo de San Florente, tal como se efectuó, es uno de esos hechos que confunden á la humana

razón. «No permita Dios —decía aquí el antiguo zuavo de Charette — que quiera yo menoscabar la gloria de los heroicos muchachos que se lanzaron ciegamente al peligro; pero su valor debía, necesariamente, resultar inútil.»

Desde entonces la Vendea conquistó lauros no menos ruidosos: todos fueron explicables por la impetuosidad ó la obstinación del ataque, el éxito de la maniobra, el perfecto conocimiento del terreno, etc., etc. Si alguno traspasó los límites de lo posible, lo sobrenatural estuvo en el resultado.

(Continuará)

PABLO FÉVAL.



BIBLIOGRAFÍA

La Redacción de nuestro estimado colega *El Mensajero del Corazón de Jesús* se ha servido obsequiarnos con un ejemplar del opúsculo de 144 páginas en 8.º mayor intitulado *Homenaje de alabanzas que ofrecen á Jesucristo, Rey del Universo, al fin del siglo XIX los Hermanos estudiantes de la Compañía de Jesús en el Colegio de Burgos.*

Comprende este precioso volumen cuatro discursos en los que se demuestra, con gran solidez de fondo y magnífica elocuencia, que Nuestro Señor Jesucristo es Rey de las conquistas, de los sabios, de los buenos y de las victorias, y cuatro composiciones poéticas, una en alejandrinos que tiene por título: *Paso á Cristo!*, una sátira á *La Ciencia anticristiana*, unos cuartetos á *La Sociedad anticristiana* y una escena en tres cuadros *¡No prevalecerán!*, dignas todas del mayor encomio por la alteza de los pensamientos y la fluidez de la versificación.

El opúsculo constituye espléndida muestra del ferviente culto que á la verdad y belleza rinden los alumnos de la ínclita Compañía y del modo como los jóvenes que están destinados á continuar las glorias de tan venerable Instituto «ensayan sin peligro las fuerzas que han de manejar más tarde en verdadera lucha contra el mal.»

Mil plácemes á los autores de tan hermosas composiciones, y mil gracias á *El Mensajero* por el delicado obsequio con que se ha dignado favorecernos.



MISCELÁNEA

Ha fallecido el Ilmo. Sr. Dr. D. Urbano Ferreiroa, Abreviador de la Nunciatura Apostólica y autor de la *Historia Apologética de los Papas* y de otras notabilísimas publicaciones.

También ha pasado mejor vida el Magistral de Córdoba Dr. Don Manuel González Francés, publicista muy distinguido y benemérito de la enseñanza popular.

A. E. R. I. P.



Han sido traducidas al polaco, y forman parte de la *Biblioteca Neoescolástica* que ha empezado á publicarse en Varvosia, la *Logique* y *Les Origines de la Psychologie contemporaine* del célebre Monseñor D. Mercier, Director del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina.

Las obras de Monseñor Mercier se distinguen por el feliz consorcio de la antigua sabiduría escolástica con los estudios científicos contemporáneos y han logrado llamar la atención de todos los filósofos sin distinción alguna de escuelas.



En la presente Cuaresma está tratando el R. P. Etourneau, en el púlpito de Nuestra Señora de París, el interesante asunto *Noción evangélica del Mal*.

He aquí los títulos de las seis conferencias del elocuente dominico: I. El punto de vista evangélico,—II. El mal físico y el mal moral según el Evangélico.—III. El mal doméstico según el Evangélico,—IV. El mal social según el Evangélico.—V. El mal religioso según el Evangélico.—VI. Terapéutica evangélica del mal. Terapéutica del mal físico.



El Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha publicado la tercera serie de sus *Estudios de crítica literaria*, que comprende los relativos á Bartolomé de Torres Naharro y el Abate Marchena.



Ha muerto en París el autor de *La Hija de Rolando*, Sr. Bornier, Miembro de la Academia francesa y dramaturgo muy celebrado.

JUAN MIRALLES Y SBERT

Se encarga de proporcionar á sus favorecedores, con prontitud y economía, cuantos libros y opúsculos se le pidan.

Cuida de suscripciones á periódicos y Revistas, así nacionales como extranjeros, mediante muy módica comisión.

Admite encargos para toda clase de impresos.

Es representante del *Instituto de Arte Cristiano* de Barcelona y de los *Monumenta Historica Societatis Jesu*.

Ofrece á sus clientes un servicio completo de las ediciones litúrgicas (Misales, Breviarios, Diurnos, Rituales, Octavas, Antifonarios, etc.) de la Sociedad de San Juan Evangelista (Tournai), de H. Dessain (Malinas), de Federico Pustet (Ratisbona), de Alfredo Mame é Hijos (Tours) y de Pedro Marietti (Turín), de todas las cuales tiene páginas de muestra y nota de precios.

Facilita toda clase de estampas religiosas, en cromo, grabado en acero, heliografía y fotografía de las principales Casas nacionales y extranjeras, como la Sociedad de San Agustín (Brujas), la Sociedad litoleográfica de San José (Módena) y los Establecimientos de Bouasse-Lebel, Beck y Turgis (París), de Benziger y Compañía (Einsiedeln), de Kühlen (Gladbach), y de Pena y Bordas (Barcelona), de las cuales tiene más de mil modelos de muestra.

Especialidad en recuerdos mortuorios, de primera Comunión y de primera Misa, en imágenes de San Antonio de Padua y en fotografías-sellos para encabezamientos de cartas.

Servicio del ramo de objetos de escritorio: papeles tina (blancos, rayados, comerciales y cuadriculados) y para cartas (blancos y de luto, rayados y lisos, en paquetes y en estuches), sobres de todos tamaños y calidades, cartón secante, obleas, tintas, porta-plumas, plumas, lápices, afila-lápices, limpia-plumas, seca-firmas, pica-notas, bandejas de cristal, frascos de goma, salvaderas, libretas, bobinas de papel engomado, vades de hule, tinteros, etc.; todo conforme al muestrario que tiene á disposición de sus parroquianos.

(PALACIO, 81. PALMA)

HOMENATGE

AL DOCTOR ARCANGÉLIC LO GLORIÓS MÁRTIR DE CRIST

BEAT RAMON LLULL

*sos deixebles, admiradors i devots al primer d' any de 1901
i començament del segle XX*

Forma un volum de 100 planes en 4.^t major, a dues columnes, bellament imprès a la tipografia *L' Avenc*.

Preu: 4 pessetes cada exemplar.

N' hi ha depòsit a la nostra Administració, carrer de Palacio, 81.

PUBLICACIONES RECIENTES

Prælectiones in textum Juris Canonici de Judiciis Ecclesiasticis.—Vol. III. De Judiciis criminalibus, auctore M. Lega.—En 4.^o

Granelli d' oro.—1 vol. en 4.^o

Saggi di sacra eloquenza, pel Sac. Prof. Lilla.—1 vol. en 4.^o

Galerie des Pères de la Compagnie de Jésus, Apôtres du Sacré-Cœur, par le P. Joseph Zelle.—1 vol. en 8.^o

Rome, ses Monuments, ses Souvenirs, par l'abbé A. Boulfroy.—1 vol. en 4.^o

Obras del R. P. Luis Bourdaloue, S. J. Adviento, Cuaresma y Dominicas.—4 vol. en 4.^o

Vida de Nostre Senyor Jesucrist, per Mossen Gayetà Soler.—1 vol. en 8.^o

Estudios de critica literaria, por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tercera serie.—1 vol. en 8.^o

Cuestiones hispano-americanas, por Rafael Altamira.—Opúsculo en 8.^o

La enseñanza oficial de la Filosofía en España, por D. José España Lledó.—2 opúsculos en 8.^o

Justa y Rufina. Novela por D. J. F. Muñoz, Pbro.—1 vol. en 8.^o

La verdad sobre Filipinas, por Joaquín Pellicer.—1 vol. en 8.^o

Cuestionario Médico-teológico-filosófico, por D. Francisco Massana.—1 vol. en 4.^o mayor.

Vida de la Beata Maria Martinengo de Barco, por el P. Luis de Liorno.—1 vol. en 4.^o mayor.

Crítica de la Escuela Histórica según los principios de Santo Tomás sobre la mutabilidad de las leyes, por el Dr. D. Enrique Pla y Daniel, Pbro.—En 4.^o

La Beata Madre Juana de Lestonnac, por el P. Jaime Nonell, S. J.—1 vol. en 8.^o mayor.

Curso de Historia de España, por el Dr. D. Modesto Hernández Villaescusa, Catedrático de la Universidad de Oñate —Vol. I.—En 4.^o

Manual Litúrgico, por D. Joaquín Solans. Nueva edición.—En 8.^o mayor.

Manual en honor del milagroso Niño Jesús de Praga.—1 vol. en 8.^o

La conscience du libre arbitre, par L. Noël.—1 vol. en 8.^o mayor.

La Politique de Saint Thomas d' Aquin, par E. Ctahay.—1 vol. en 4.^o

La notion d' espace au point de vue psychologique et cosmologique, par D. Nys, Professeur a Louvain.—1 vol. en 8.^o mayor.

La Psychologie, par D. Mercier, Directeur de l' Institut Supérieur de Philosophie a Louvain.—5.^e edition.—1 vol. en 4.^o